

La fe desde la organización y los luchadores populares

Ismael Moreno, S.J.

“La buena gente prefirió entonces abandonar la Fe y ahora las montañas permanecen por lo general en su sitio” (Augusto Monterrosa, escritor guatemalteco nacido en Honduras)

1. La fe, una fuerza en la lucha

Muchas personas y grupos que participan activamente en luchas populares por la transformación de la sociedad lo hacen movidas por su fe en Dios y por su pertenencia a la iglesia. Aquí encontramos con mayor facilidad a dirigentes y organizaciones campesinas, indígenas, comunidades eclesiales de base, movimientos ambientalistas organizados desde sus territorios, casi siempre acompañados por agentes de pastoral como párrocos, religiosos y religiosas y alguno que otro obispo. Para estos líderes y sectores el dato de la fe es fundamental en su compromiso social, tanto que la búsqueda y el compromiso con la justicia es una expresión esencial o concreción de su fe en Jesucristo.

Gerardo Chévez, dirigente comunal de su colonia, en una zona populosa de la ciudad de El Progreso, en el norte de Honduras, practicante y activo en la Iglesia Católica y en las organizaciones populares, confiesa que la fe es lo que *“garantiza la validez de las luchas populares”*. *“Es mi motor, lo que me da fuerza. Es lo que permite que las luchas trasciendan y no queden atrapadas en miserias humanas, como el dinero y el poder”*. Para este dirigente comunal *“cuando uno ayuda a aliviar las penas y angustias de los demás, uno deja de ver únicamente sus propios dolores, y sitúa su vida y sus preocupaciones en la vida y penas de los demás”*. De acuerdo a su testimonio *“la vivencia de la fe puesta en el compromiso social lo saca a uno de sus búsquedas personales y familiares y lo coloca en el quehacer social y colectivo. La fe es lo que me ha ayudado a descubrirme en los demás y a experimentar que el sentido de mi vida no lo encuentro en mi mismo, sino en el*

encuentro con los demás". De acuerdo a su experiencia personal, este dirigente comunal confiesa algo profundo: *"No concibo que un cristiano no comprometa su vida en las luchas por la justicia, porque la dimensión social puesta en el compromiso por la transformación social es parte esencial del evangelio de Jesucristo"*. La fe como base de su lucha es como un antídoto frente a las tentaciones de poder y de dinero, que amenazan a dirigentes, comunidades y organizaciones. De acuerdo al testimonio de este dirigente comunal, la fe es una fuerza que no aporta estrategias ni métodos de lucha, pero sí mística para unir la política con la ética, el discurso con el testimonio, las acciones comprometidas desde el ser. La fe compromete a la persona entera y no solo a una parte de ella.

Margarita Navarro tiene 56 años. A los 14 años era catequista en la Iglesia Católica y a los 16 años era animadora de los grupos juveniles y a los 18 años se integró a la organización de mujeres campesinas. Como dirigente campesina fue capturada en 1986, encerrada en una celda de la policía de investigación, experta en torturas y en desaparición de personas que pensaban distinto, se oponían a las políticas del Estado o defendían sus derechos a través de la organización popular y campesina. Margarita Navarro evoca aquellos aciagos días de encarcelamiento, como una amarga experiencia y como una prueba para su fe. *"Cuando estaba encerrada, en aquella celda oscura y húmeda, pensaba en la pasión de Cristo. Cristo estuvo solo cuando lo torturaron. Yo estaba sola en la celda, y me llegaban a torturar. Pero yo pensaba en que el Señor Jesús estaba acompañado por María y otras mujeres, por Juan y otros amigos que en las afueras del lugar donde lo torturaban lo acompañaban y sufrían con él. Eso me daba ánimo a mí, porque en mi soledad sabía que, como Jesús, había gente afuera que sufría conmigo. Entonces me hacía sentirme fuerte dentro de la prisión. En mis noches de oscuridades y de miedos, porque sí tuve miedo, le pedía a Dios que me diera fuerzas y me diera las palabras oportunas al momento de los interrogatorios. Y yo me decía: dame, Señor, sabiduría para decir lo que tenga que decir sin delatar a mis compañeros"*.

Pasaron varias décadas de aquella experiencia carcelaria y Margarita Navarro sigue en su compromiso en la Iglesia y su compromiso con la organización popular. *"No son dos compromisos distintos – dice—es uno solo, y a mí me gusta ser catequista porque así transmito mi experiencia de fe a las niñas y niños, y recibo*

de ellos los valores del reino que nos recuerda que hay que seguir siendo niños para saber ver el futuro con ilusión y esperanza". Y a renglón seguido, sin detener su testimonio, dice, "a mi me gusta formar parte de las organizaciones populares, especialmente si en ellas se valora la experiencia y la fuerza de las mujeres, porque de esa manera puedo vivir mi fe inserta en la lucha por transformar la realidad, que es parte de la evangelización".

En sus diversas experiencias de lucha popular y eclesial, Margarita Navarro se ha encontrado con excelentes dirigentes, pero también ha conocido y compartido la lucha con dirigentes que un día nacieron en hogares muy humildes, se alimentaron de la fe en la Iglesia, y con el tiempo se dejaron atrapar por las comodidades, le ventajas de sus puestos de dirigentes y acabaron renegando de la lucha popular. *"Lamento que la mayoría de los dirigentes que nacieron en la Democracia Cristiana acabaron corruptos o viviendo a la sombra de los grupos de poder. Hay muchos dirigentes que una vez que suben, se quedan arriba, ya no vuelven a convivir con los pobres. Es cierto que la fe ayuda a que vivamos con los valores del Reino. Pero siempre que sea una fe auténtica y que estemos constantemente revisando lo que hacemos y lo que somos. Si damos por supuesto que tenemos fe, pero no la alimentamos, terminaremos diciendo que creemos en Dios y seguiremos estando en la Iglesia, pero en los hechos estaremos sin Dios y actuando a espaldas de la Iglesia que nació del Evangelio de Jesucristo".*

Margarita Navarro ha conocido también a personas, profesionales y dirigentes populares no creyentes. Es cierto, dice ella, que la fe es un motor para alimentar y sostenerse en la lucha. Pero también, dice Margarita, *"admiro a la gente que no cree en Dios y hacen el bien. Son personas, y yo las he conocido, que nunca pronuncian el nombre de Dios, pero en su vida de compromiso, una descubre la presencia amorosa de Dios. He conocido a personas no creyentes que han dado muestras de amor y de entrega mucho mayores que muchos dirigentes que se dicen creyentes, pero que ante los peligros o ante las ofertas de los ricos, cambian de parecer, cambian de camino, se vuelven corruptos".* Margarita sabe lo que dice, porque son cerca de cuarenta años de experiencia la que acompañan sus palabras. *"Para mí, no es lo que uno confiesa que es lo que acredita si lleva o no lleva a Dios en su vida. Es su testimonio el amor que transparente. Yo he co-*

nocido a personas no creyentes que sin llevar a Dios en su boca, Dios habla en ellas, porque en ellos Dios actúa”.

Margarita Navarro sigue siendo una ferviente creyente y por eso ha desarrollado capacidades para establecer puentes con quienes viven su compromiso social cuyo punto de partida no es la fe cristiana. *“Para mi, la fe me anima, es mi fuerza. La fe es la que me ha sostenido en todos estos años y sobrevivir no solo a las persecuciones y amenazas de los cuerpos de seguridad, sino a sobrevivir a mis propios temores y a mis incertidumbres; a sobrevivir ante los abusos de poder y traiciones de dirigentes populares. Y la fe en Dios me ha sostenido para no quedarme callada cuando tengo que hablar en nombre de las víctimas.”*

2. El peligro de los fundamentalismos

Muchas personas y organizaciones comprometen su vida e impulsan sus luchas y acciones a partir del desarrollo de sus ideas, desde concepciones ideológicas que alcanzan su concreción en una praxis política transformadora. Estas posiciones son las que están más directamente vinculadas con las corrientes de la izquierda política e ideológica, y a partidos políticos, gremios y frentes amplios de lucha popular. La lucha en estos espacios no ha nacido ni tiene motivaciones de fe ni sus dirigentes suelen estar movidos por principios o concepciones religiosas. En caso de tenerla o profesarla, la fe o la confesión religiosa de los dirigentes políticos y populares de estas corrientes gremiales o políticas de izquierda, está frecuentemente remitida a los espacios privados de sus miembros, en el mejor de los casos.

La experiencia más bien apunta a que la fe o la confesión religiosa suele ser vista en estas esferas de luchas populares como un dato marginal o como una expresión de atraso ideológico y político del miembro de la organización o partido, al cual todavía le resta superar esa etapa para alcanzar un compromiso más pleno. Aunque se ha avanzado mucho en relación con la marginalidad que la fe tuvo en estos sectores en el siglo pasado, sigue pesando un cierto nivel de desprecio hacia quienes viven y manifiestan públicamente su fe en Dios. La fe no añade a la lucha, y el dirigente creyente ha de cargar con su fe en plena dicotomía con el compromiso social, político e ideológico. Este compromiso ideológico se sostiene en una fe en la humanidad, es un dinamismo humanista lo que la mueve, y se fundamenta en diversas corrientes de

la teoría política, la misma que se convierte en correlato de lo que para un creyente cristiano serían las Escrituras bíblicas.

Así como en un creyente cristiano el peligro del fundamentalismo crece en la medida en que pierde la dimensión histórica de la lucha por dar demasiado peso a “lo que dicen las Escrituras”, un dirigente popular de esta corriente de izquierda puede caer en el peligro de endiosar una teoría política o elevar a categorías divinas e infalibles a los teóricos de las ciencias sociales y políticas. De esta manera, estos dirigentes populares pueden caer por igual en el fundamentalismo político e ideológico, y convertir la lucha política en una especie de “*práctica religiosa*”, aunque no tenga confesión religiosa alguna o se declaren agnósticos o ateos.

Todos los excesos y abusos cobran facturas. La experiencia nos advierte que una fe que no esté mediada por la realidad histórica puede convertir a quien la practica en un fanático religioso, quien tiende a manipular los datos de la realidad para fundamentar lo que dicen los textos religiosos, es decir, lleva la realidad a aquello que previamente tiene formulado como dogma de fe. Esto suele ocurrir en actividades pastorales que no están seguidas de un análisis sistemático de la realidad. Se llevan los fenómenos sociales, políticos o ambientales a las concepciones religiosas que previamente se tienen. Los fenómenos de la violencia, de la falta de empleo, de la migración o fenómenos naturales que ocasionan desastres ambientales, con frecuencia son interpretados como ocasiones que Dios provoca sea como castigo por lo mal que la sociedad se ha portado o como un llamado de Dios para la conversión de quienes se han alejado de su presencia. En los hechos, quienes así proceden manipulan los datos de la realidad y las acciones sociales para beneficio de la confesión que se profesa, y muchas veces esta manipulación deviene en corrupción por parte de los dirigentes y animadores religiosos, sea por la vía del dinero o del poder, o por las dos vías por igual. En nombre de un compromiso religioso, los dirigentes o animadores de la fe rompen con la mística y la ética y acaban siendo corruptos.

Por su parte, una teoría política que no esté en diálogo permanente y en contraste con la cambiante realidad histórica, puede ideologizar en extremo a quienes la siguen hasta devenir en fanatismo político. Los dirigentes populares y políticos de la izquierda que sostienen su lucha en concepciones ideológicas y políticas

pueden pasar de su práctica humanista a la utilización de la teoría, la organización y a los sectores oprimidos en nombre de quienes luchan, para buscar cuotas o mejores posiciones personales de poder, para asegurar privilegios en relación con las bases de sus gremios o partidos políticos o para situarse en posiciones de ventajas que redunden en ingresos económicos muy por encima de lo que recibe el resto. En nombre de la teoría o de la lucha popular, los dirigentes rompen con la ética y acaban siendo corruptos. Cuando la fe o una ideología política no están mediadas por un amor auténtico encarnado en quienes sufren las consecuencias de la injusticia, ambas se convierten en instrumentos al servicio de intereses alejados de las auténticas luchas liberadoras.

3. El humanismo: puente entre los creyentes y los increyentes

Unos rasgos que ayudan a dar validez a la lucha popular son la honestidad y la mística de quienes lideran las organizaciones sociales, eclesiales, populares o políticas. Sin estos rasgos, ni la persona creyente será auténtica ni transparentará los valores religiosos en los que dice basar su lucha, ni los dirigentes populares, gremiales o políticos no creyentes transparentarán los valores de humanismo y de transformación de la sociedad hacia el hombre y la mujer nuevos por quienes dicen sustentar sus luchas. La honestidad y la mística harán que tanto la persona creyente como la no creyente finalmente coincidan en valores de solidaridad, humanismo, justicia y paz y sus luchas se encuentren y se complementen. Recuerdo que a finales de 1990 y comienzos de 1991, cuando fui a sustituir al P. Ricardo Falla en su acompañamiento a las Comunidades de Población en Resistencia en el Ixcán, en el norte del Quiché, en Guatemala, me encontré con varios acompañantes de los indígenas, provenientes de España, Francia, Bélgica o Italia. Todas ellas eran personas jóvenes profundamente comprometidas con la lucha por la transformación de la sociedad desde la perspectiva de los oprimidos, pero por igual con mucho rechazo hacia el ámbito religioso.

En el primer momento, la reacción que experimenté por parte de ellos fue de rechazo. Para ellos no era posible establecer relación de trabajo y menos de amistad con un sacerdote. Todos, sin distinción venían de experiencias amargas en Europa en relación con la Iglesia, varios de ellos se declaraban ateos y los demás pasaban por completo de lo religioso. Sin embargo, con el

correr de los días, la relación con los indígenas, la presencia por igual en el trabajo comunitario y en las asambleas populares que las comunidades realizaban para enriquecer la realidad y aclarar su camino en la lucha por resistir al ejército en medio de la selva, fue acortando las distancias y los prejuicios iniciales, y al cabo del tiempo acabamos en profundas relaciones de amistad y de compañerismo. Tanto fue así que con ellos logré establecer diálogos entre la fe y la política; la fe y el ateísmo, y logramos construir puentes de respeto y de solidaridad, de manera que ellos lograban entender mi compromiso de fe y por mi parte comprender sus concepciones filosóficas. La autenticidad y la mística que nos unía en la lucha en defensa de las comunidades indígenas, lograron acortar las distancias y romper con los prejuicios. Yo tuve la oportunidad de comprender más a fondo las razones de la in creencia y de su rechazo hacia el ámbito de lo religioso de estos jóvenes, como ellos lograron abrirse a la comprensión y respeto hacia el mundo religioso. En algunas ocasiones, más por curiosidad, respeto a los indígenas y cariño hacia mi persona, estos acompañantes europeos se acercaban a las celebraciones religiosas, casi con la timidez y temor muy propias de quien se acerca a la atracción de lo desconocido.

4. Fe y vida desde comunidades lencas hondureñas

Varias comunidades lencas del norte del departamento de Intibucá, en el occidente de Honduras, se plantaron por varias semanas y meses en el cruce de una carretera, cavaron amplias fosas para impedir el paso de las maquinarias de una empresa vinculada a un capital muy poderoso internacional con sus socios internos, que construye en el río Gualcarque --en torno al cual giran muchas de las tradiciones de las comunidades lencas circundantes-- una represa hidroeléctrica de grandes proporciones.

Entre las personas que se concentraron en el corte de la carretera se contaron muchas mujeres, ancianos, jóvenes, joven-citos, y cuando se les preguntó qué pretendían con la toma de la carretera en esas profundidades de la montaña, no dudaron nunca en decir que protegen su río y sus bienes de las amenazas del extraño, que no permitirán que se roben lo que les ha dado vida y que es fuente de su fe a lo largo de toda su historia. Su vida y su fe en Dios la viven en íntima relación con la naturaleza, especialmente sus bosques y sus ríos.

Esas comunidades no se oponen a aprovechar el agua y los ríos para la energía y mejorar las condiciones de vida. Lo que no permiten es que sus ríos y todas sus aguas sean utilizadas por extraños sin contar con ellas, en contra de ellas y que se les margine hasta incluso poner en riesgo su vida y sus tradiciones. Un día cualquiera, sin saber de dónde ni con qué propósitos, se aparecieron equipos técnicos, maquinarias, personas con cascos en sus cabezas, con muchos aparatos tecnológicos y comenzaron a trabajar en el río Gualcarque. Ninguno de los funcionarios de la empresa ni tampoco del Estado se acercó a las comunidades para informar ni mucho menos para preguntar si estaban de acuerdo en la construcción de una represa hidroeléctrica.

Las comunidades indígenas se fueron informando hasta tener el dato de que los constructores responden a empresas que combinan capital de unos cuantos empresarios nacionales con capital internacional proveniente de Estados Unidos y de la China. Los empresarios nacionales son los mismos que forman parte del núcleo que ha usado la energía térmica o energía sucia para ganar grandes capitales y dejar daños en el ambiente. Las inversiones para producir energía limpia se basan y se sostienen en las mismas manos sucias de siempre, es decir, el problema de fondo no es tanto el paso de la energía sucia a la energía limpia, sino que tanto una energía como otra son manoseadas por grupos con capital sucio.

Estas comunidades lencas son profundamente religiosas, y en sus expresiones de fe ponen su confianza en el Señor que protege sus vidas de las amenazas de los que tienen poder y traen propuestas extrañas a sus tradiciones y creencias, a veces bajo la apariencia de la energía limpia, como ocurre con este proyecto en el río Gualcarque. Los principales dirigentes —hombres y mujeres— de este movimiento defensor de sus ríos y del medio ambiente, son por igual animadores de las comunidades eclesiales insertas en la pastoral de la Iglesia Católica, y entre sus precarias condiciones, nunca faltó entre sus limitadas pertenencias, la guitarra y los libros de canto para animar sus celebraciones religiosas. Nada pudo alegrar más a estos dirigentes de fe y de vida que la presencia de sacerdotes o religiosos que animaran sus vidas y sus luchas mientras tenían tomada la carretera. Y nada les dolió más

que algunas críticas o rechazos que tuvieron por parte de algún sector de la jerarquía católica.

En una de las celebraciones, los dirigentes de estas comunidades animaron e iluminaron su liturgia con la lectura del pasaje del Evangelio de Mateo 13, 54-58, el cual recuerda cuando a Jesús lo rechazan en su comunidad por sus paisanos, por sus palabras de sabiduría y sus acciones milagrosas, no obstante conocerlo y saber que era hijo de José el carpintero. Es el pasaje cuando Jesús afirma aquella frase tan conocida de que a un profeta lo desprecian en su patria y entre los suyos porque nadie es profeta en su tierra.

Los animadores tanto de la fe como de las luchas ambientales improvisaron una mesa con un mantel que en su momento debió ser blanco, con evidentes signos de estar derruido. Encima del mantel había cuatro elementos: la vela encendida, un manojo de flores silvestres recién cortadas, un vaso con agua limpia y la Biblia en su edición latinoamericana. A la par de la mesa un hombre con su guitarra, dos mujeres con el libro oficial de los cantos de la parroquia y el animador de la Palabra para dar inicio a la liturgia improvisada. Con aquellos símbolos, desaparecía de un tajo la separación entre la fe y la vida, el mundo religioso y el mundo profano, la oración y la acción por la justicia. Para aquellas comunidades la lucha por la defensa de sus bienes naturales la vivían como expresión de su fe en Dios y como parte intrínseca de su pertenencia a la Iglesia. Todos esos asuntos de si hay manipulación, de si la iglesia debe o no meterse en asuntos ambientales o defensa de derechos humanos, no eran asuntos que existieran entre las comunidades lencas que se apostaban en la carretera para vigilar que ninguna de la maquinaria destructora de su río pudiera cruzar la línea defendida con todo su fervor.

La reflexión de fe se orientó en alentar la fe en el Señor que hace sentir su paso en la historia de los humildes de la tierra. Dios no está lejos de su pueblo, está entre su pueblo, no tenemos que ir a otro lado a buscarlo, está entre el pueblo y es dentro de las realidades humanas en donde hemos de descubrir su presencia salvadora.

Ocorre que muchas veces buscamos salvación y salvadores fuera de nuestra realidad, y esperamos que las respuestas a nuestros problemas y necesidades vengan de afuera. El Evangelio nos

recuerda que los dinamismos salvadores están en nosotros y dentro de nosotros mismos. En virtud del misterio de la Encarnación, estamos llamados a creer en nuestras fuerzas, y cuanto más confiemos en nuestras capacidades más presencia de Dios podemos experimentar al interior de nuestras vidas y comunidades.

La decisión de estas comunidades de apostarse por varias semanas en una carretera para defender sus aguas y todos sus bienes naturales, es un ejemplo de dignidad y de soberanía. Una vez que maquinarias y empresas se apoderan de los recursos, es muy difícil la vuelta atrás. Y las comunidades quedarán siempre postergadas. De igual manera, la acción que realizan estas comunidades, es un ejemplo que puede irradiar en muchas otras comunidades que igualmente están amenazadas por la apropiación de bienes naturales y territorios en diversas zonas del país. Por eso mismo, lo que hacen estas comunidades, aunque es en un punto específico del territorio nacional, representan una acción patriótica con dimensión nacional. Es un símbolo de defensa de la vida, tanto local como nacional.

Es cierto que a estas comunidades en lucha no violenta activa les ocurre lo que recuerda el Evangelio al que acabamos de hacer referencia. Mucha gente no cree en ellas porque son comunidades humildes, indígenas y pobres. Estamos acostumbrados a que los líderes y palabras que impactan provengan de personas y grupos profesionales y que ya tienen un discurso muy bien organizado. Pero, ¿quién puede creer que de unas comunidades lencas, alejadas de las ciudades, puede salir algo bueno? Y ocurre lo que siempre pasa cuando no se cree en la gente pobre: dicen que están siendo manipuladas por otras personas y grupos interesados en crear el desorden y la inestabilidad en el país.

¿Acaso puede salir algo bueno de las comunidades lencas? De acuerdo a nuestra fe cristiana, la esperanza brota desde los humildes de la tierra, y la vida emerge allí donde todo parece desecho para los bien situados. Para la Iglesia y la sociedad, esta acción de estas comunidades lencas es una oportunidad para que nos despertemos a la escucha de la voz de los pobres, y que nos reencontremos con esas esperanzas que sin duda renuevan nuestra fe en el Señor que hace sentir su paso liberador en donde se defiende la vida y la naturaleza, como ocurre en esta zona del norte de Intibucá, en el occidente hondureño.

5. Fe y vida desde un medio de comunicación social

¿Por qué Radio Progreso de Honduras se involucró en el año 2008 en la huelga de hambre que inició un pequeño grupo de fiscales del Ministerio Público? En aquella huelga participamos como equipo desde nuestro compromiso de fe y justicia y por valores éticos que deseamos que los vivamos por igual todas las personas sin distinción de origen, etnia, color, sexo o creencia.

Antes de la huelga de hambre en nuestra Radio no conocíamos a ninguno de los cuatro fiscales que iniciaron esa acción pacífica y de desesperación. Al inicio tratamos la acción como un hecho noticioso, y lo cubrimos desde esa perspectiva. Una noticia más. Sin embargo, cuando fueron transcurriendo los días, la acción de aquellas personas comenzó a afectarnos. El sacrificio de un pequeño grupo de personas no podía dejar de afectarnos como personas y equipo de una Radio inspirada en la fe cristiana y en la misión de fe y justicia de la Compañía de Jesús. Ese sacrificio de los primeros días nos lanzó hacia la pregunta de qué hacer para que las demandas de estos jóvenes fueran atendidas para así acabar con su ayuno voluntario e indefinido.

En nuestra radio comenzamos a sentir que el dolor y la carencia de alimentos de aquellos jóvenes fiscales nos afectaba también a nosotros, y ese sentir el dolor de otras personas como si fuera de nosotros mismos, es lo que en el Evangelio se llama Compasión, y una vez que se experimenta este sentimiento ya no se pueden ver y hacer las cosas sin una implicación personal que se traduce en solidaridad con quienes sufren. Ya no cubríamos el hecho de la huelga de hambre solo como una mera noticia. Lo hacíamos porque nos dolía el hambre que padecían los huelguistas. Pero sobre todo nos dolía el silencio de los medios de comunicación. Y nos dolía el uso a veces perverso que algunos medios hacían de la noticia. Y más nos dolía la indiferencia de mucha gente, incluyendo alguna gente de nuestra Iglesia Católica, ante demandas que eran muy propias de nuestra misión, como la dignidad, la justicia y la lucha contra la corrupción y en contra de quienes usan sus puestos públicos y los bienes del Estado para su propio beneficio. Un día tomamos la decisión de dejar la Radio en programación automática, y nos fuimos en racimo, es decir, todo el equipo a los Bajos del Congreso Nacional para expresar nuestra solidaridad con los huelguistas. Nos habíamos identificado con ese grupo de

personas que decidieron sacrificar sus cuerpos, no por demandas particulares, como reivindicaciones económicas, ni por defender un gremio. Lo hacían por asuntos que tienen que ver con la vida y la dignidad de toda la gente de Honduras. Lo hacían por una lucha que debía ser de toda la gente de Honduras: hacer frente a la corrupción y contra quienes son sus directos promotores.

Decidimos participar directamente en la huelga de hambre porque nos sentimos movidos a compasión como la expresión humana de nuestra fe en el Dios de la Vida, cuyo espíritu mueve la vida de toda nuestra radio, incluyendo nuestras fragilidades, que son muchas. Participamos en la huelga de hambre, mucho más allá de cubrir la noticia y acompañar con el análisis, porque creímos que se trataba de una lucha que recogía las ansias de justicia y dignidad que han sido negadas a la sociedad hondureña, y porque creímos que la lucha por la justicia es la que se construye sobre la paz, la verdad, la transparencia, la solidaridad y el amor.

Participamos en la huelga de hambre no porque tuviéramos odio o buscáramos venganza frente a empresarios o altos políticos comprometidos con la corrupción, sino porque creemos en la democracia y en el Estado de Derecho y estos valores solo se pueden construir siguiendo métodos y prácticas basados en la no violencia activa. Creemos que quienes cometen delito y abusan de las leyes deben ser juzgados conforme a la ley, pero no por odio sino por amor a la verdad y a la justicia. Este es el distintivo con respecto a otras luchas. La lucha que nosotros apoyamos es aquella que se sustenta en el amor, jamás en los odios o venganzas. Y ese amor brota de nuestra fe en el evangelio de Jesucristo.

Participamos en la huelga de hambre porque creemos en la paz y por eso rechazamos la violencia y cualquier método orientado a dañar a las personas humildes y los bienes particulares y públicos. Porque buscamos desenmascarar a quienes desde sus altos puestos dañan y se apropian de los bienes que pertenecen a toda la sociedad. Estamos convencidos que la mejor y más eficaz respuesta a la violencia y a la mentira ejercida por quienes tienen poder y por quienes controlan las instituciones públicas y el capital, es la lucha de resistencia no violenta y militantemente activa. Porque creemos que quien ejerce la violencia, cosecha más violencia; quien ejerce y lucha hasta dar la vida por la paz, cosecha paz y justicia. Estamos convencidos que sólo la lucha de

resistencia pacífica ciudadana doblegará a los violentos, corruptos y los poderosos.

Participamos en la huelga de hambre porque creemos y queremos estar al lado de todas las personas que creen en la justicia, la dignidad y la paz, tienen dolor por la patria herida por la corrupción y creen en la resistencia pacífica. Las puertas de esta lucha pacífica y ciudadana tienen que estar plenamente cerradas para los violentos y para quienes utilizan su riqueza y poder para mantener medios de comunicación que callan la verdad y presentan sus intereses mezquinos como si fueran la verdad de toda la sociedad. Y las puertas de esta lucha de resistencia pacífica y ciudadana deben estar siempre abiertas para todas las personas que deciden echar toda su suerte con la causa de los pobres. Creemos que la lucha contra la corrupción y la impunidad han de seguir orientando nuestro andar y las articulaciones entre las diversas organizaciones que creemos y buscamos construir una sociedad justa y solidaria.

6. La organización de los pobres desde nuestra fe cristiana

La población más pobre, los trabajadores asalariados y los que se ganan la vida en los corredores informales de la economía, las comunidades campesinas e indígenas, los jóvenes, las mujeres, y en general todos los sectores empobrecidos, tienen derecho a defender su vida y luchar por su dignidad y sus derechos. Desde la fe cristiana, este derecho es parte de la lucha por dignificar a los seres humanos como hijos e hijas de Dios y la Iglesia ha de alimentar estas luchas, acompañarlas, iluminarlas y purificarlas para que todas ellas se orienten conforme a los valores del Reino de Dios. Desde la fe cristiana confesamos a un Dios que irrumpió en la historia para liberar a la humanidad y para acompañar a la sociedad en su camino por convertirse en un pueblo en libertad.

Sin embargo, desde siempre, el testimonio de fe de la Biblia deja claro que la conducción y la dirigencia de los pueblos no debe concentrarse en una sola persona. Las personas dirigentes han de estar pegadas a su pueblo y ser parte de la organización que tiene su sustento en las bases.

En Exodo 18, 13 en adelante, se hace referencia a esta necesidad de que el dirigente de un pueblo sea parte de una organización en donde hay muchos más dirigentes. Algo parecido se

dice en los Hechos de los Apóstoles cuando la Iglesia comenzó a crecer y había que saber responder a las grandes necesidades que surgían. Los apóstoles no podían ser los únicos dirigentes, había que ampliar la organización, y surgen así los diáconos, los servidores sociales del pueblo pobre (Hechos 6, 1-6).

El propio Evangelio deja muy en claro que desde el inicio de su misión Jesús llamó a los Doce y los organizó para que le acompañaran en la tarea de proclamar el Reino de Dios. Los envía de dos en dos y les advierte de los diversos peligros en el camino. Pero en donde queda patente el interés de Jesús por la organización es en el milagro de la multiplicación de los panes (Marcos 6, 35-44). En esta acción extraordinaria Jesús rompe con el paternalismo y promueve que sus discípulos y el pueblo hambriento se organicen para buscar la mejor respuesta a la necesidad. No se trata de dar de comer sólo para satisfacer la inmediata necesidad del hambre. Se trata de unirse en torno a la lucha por lograr que todas las personas coman. Y finalmente, con lo poco que hay, pero organizados en torno a la comida, el alimento incluso sobra para las futuras necesidades.

Pueblo pobre, necesidades sociales y organización han de ir siempre de la mano. Las experiencias resultan amargas cuando estos tres factores están disociados. Se sabe de la construcción de centenares de viviendas para damnificados tras el paso de un fenómeno natural que por las condiciones de vulnerabilidad y precariedad de los sectores más indefensos, deja desastres sociales y ambientales. Se construyen las viviendas, se entregan a los damnificados y por la ausencia de un trabajo de conciencia y de organización, esas construcciones materiales se convierten en factores de mayores confrontaciones entre los pobres y de esos con los organismos o sectores de Iglesia bienhechores. Se sabe de damnificados que más tardan en recibir su vivienda que en ponerla a la venta, quedando en igual o peor situación que antes de haber recibido el bien material. El Evangelio nos recuerda que el milagro del compartir se alcanza cuando a la necesidad objetiva le sigue la conciencia de ser pueblo y el proceso de organización de las víctimas.

La organización es fuerza de las personas indefensas cuando ellas mismas participan plenamente en el proceso de construcción organizativa y cuando se logran unir las necesidades huma-

nas y materiales con el desarrollo de la conciencia e identidad popular. La organización convierte a los pobres en pueblo, entendido como la articulación de los diversos sectores oprimidos en torno a la lucha común por construir una misma suerte y una misma dignidad. En relación con este concepto de organización como fuerza de los pobres, Monseñor Romero logró hacer una síntesis en esta espléndida formulación:

“Dios quiere salvarnos en pueblo. No quiere una salvación aislada. De ahí que la Iglesia de Hoy, más que nunca, está acentuando el sentido de pueblo. Y por eso la Iglesia sufre conflictos. Porque la Iglesia no quiere masa, quiere pueblo. Masa es el montón de gente cuanto más adormecidos, mejor; cuanto más conformistas, mejor. La Iglesia quiere despertar a la gente el sentido de pueblo...”

Si la gente pobre tiene derecho a organizarse y si la organización es fuerza que da identidad a los preferidos del Evangelio, la Iglesia está en la responsabilidad de acompañar este derecho. No puede estar ausente sin caer en deslealtad con el Evangelio y con las formulaciones del magisterio latinoamericano sobre la opción por los pobres. Al respecto decía Mons. Romero: *“Nadie le puede quitar a la gente el derecho de asociarse, con tal que sea una asociación para buscar las causas justas... Si es para secuestrar, para robar, para matar, para eso no hay derechos. Pero unirse para sobrevivir, para comer, para defender sus derechos, a esto sí tiene derecho toda persona. La agrupación es un derecho cuando los objetivos son justos. Y la Iglesia estará siempre al lado de ese derecho de organización y de esos justos objetivos de las organizaciones”*.

Alguna gente de la misma Iglesia critica cuando sectores de la Iglesia apoyan y acompañan la organización. Dice que eso es meterse en política, confundiendo la política con compromisos partidarios. La Iglesia ha de apoyar y animar a que la sociedad se organice en partidos para buscar desde el gobierno el bien común. Pero como Iglesia no se ha de tomar partido. Pero la Iglesia sí ha de estar en el ámbito de la política, como espacio público que busca transformar las condiciones desde las víctimas, para que la población indefensa sea respetada en sus derechos. Esa es la política del bien común. Y como política, se ha de apoyar a la organización comunitaria y popular con el fin de que los pobres se

sientan fuertes en sus luchas y en sus demandas por justicia y por garantizar sus derechos. De nuevo Monseñor Romero es quien mejor ilumina esta dimensión de los pobres por organizarse:

“Yo quisiera hacer aquí un llamamiento a los queridos cristianos: no les está prohibido organizarse, es un derecho, y en ciertos momentos, como hoy, es también un deber, porque las reivindicaciones sociales, políticas, tienen que ser no de personas aisladas, sino la fuerza de un pueblo que clama unido por sus justos derechos.”

Para Mons. Romero lo que importaba no era la organización social y popular por sí misma. Absolutizar la organización popular tiene el peligro de convertir a los pobres en instrumentos al servicio de unos cuantos dirigentes. Para Mons. Romero la organización debía estar siempre al servicio de las necesidades de las mayorías oprimidas, como muy bien lo dijo: *“Lo que marca para nuestra Iglesia los límites de esta dimensión política de la fe, es precisamente el mundo de los pobres. En las diversas coyunturas políticas lo que interesa es el pueblo pobre”*.

Un recuento final

La fe ha sido y sigue siendo una fuerza esencial animadora para muchas personas centroamericanas comprometidas con las luchas transformadoras de la sociedad. La Iglesia tiene una alta responsabilidad para que la fe siga siendo fuente de inspiración y fuerza para los luchadores populares. Y como contrapartida, cuanto más se aferre la jerarquía de la Iglesia a sus estructuras y en adoctrinar en base a dogmas y conceptos muy poco vinculados con la realidad histórica, más se corre el peligro, ya no sólo de que más gente abandone la Iglesia, sino que menos presente esté la fe en las encrucijadas de las luchas sociales y populares. La Iglesia ha de seguir afirmándose desde su fidelidad a la Palabra de Dios, a su tradición profética y a la realidad histórica, y ha de seguir entendiéndose a sí misma a partir de la opción preferencial por los pobres para que los luchadores populares encuentren en ella un lugar y encuentren en la fe una fuerza que los impulsa en su mística transformadora.

La opción por los pobres ha de significar en estos tiempos que en cualquier circunstancia de la vida, la Iglesia ha de hacer sentir su presencia a favor de las poblaciones indefensas y discri-

minadas, promoviendo el diálogo entre los conflictos sociales, pero desde el lugar de las víctimas. Como parte de su dimensión social, la Iglesia ha de acompañar aquellos esfuerzos de los pobres por organizarse para crecer en identidad y para hacer sentir con fuerza sus demandas y defender sus derechos. En este terreno, el servicio privilegiado de la Iglesia deberá situarse en la formación del pueblo, en la iluminación de los procesos organizativos desde la fe al tiempo que ser palabra crítica y cuestionadora de aquellos dirigentes que en lugar de representar los intereses de los pobres acaban utilizando a los pobres para sus propios intereses.

La Iglesia ha de acompañar a las organizaciones sociales y populares desde su amor preferencial por los pobres, de manera que en cualquier circunstancia lo que ha de importar es que la organización sea expresión de los intereses de los pobres. En circunstancias en que haya conflicto entre la organización y la vida de los pobres, la Iglesia no ha de dudar en situarse en la realidad de los pobres, puesto que la opción de la Iglesia es por los pobres y apoyará o cuestionará aquellas mediaciones según fortalezcan la vida y la esperanza de los pobres.